

Pedro Trigo, S.J.

# El Concilio cuarenta años después

**E**l 8 de diciembre de 1962 concluía la primera sesión del concilio Vaticano II, inaugurado dos meses antes el 11 de octubre. Se cumplen, pues, cuarenta años de este acontecimiento. Juan XXIII lo sintió como un nuevo Pentecostés. Y es cierto que como acontecimiento lo fue: Sólo el Espíritu hizo posible un vuelco tan drástico en la doctrina y más aún en la aprehensión del misterio cristiano y en la pauta relacional de la Iglesia con la sociedad. Respecto del talante relacional se pasó del anatema al diálogo, de la separación a la inmersión, de edificar una alternativa a la institucionalidad vigente a asumirla responsablemente. Esta encarnación solidaria en el mundo desde la simpatía y la misericordia no entrañó una traición a las fuentes cristianas sino que

fue, por el contrario, una consecuencia del descubrimiento y enraizamiento fervoroso en ellas. Al contemplar a Dios contemplando al mundo desde dentro y comprometiéndose con él hasta el punto de echar la suerte con él, los padres conciliares (y muy señaladamente el Papa que lo inspiró y también el que lo culminó) decidieron eliminar cualquier condena (el único concilio que no incluye ningún anatema) porque su objetivo y por eso su tono tenía que ser pastoral, es decir, una contribución a la humanización integral desde el paradigma de Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios humanado. Este objetivo orientó también a la hora de escoger el lenguaje: el concilio se apartó deliberadamente del tono doctrinario y canonístico de los concilios pasados y escogió el lenguaje de las fuentes cristianas, el lenguaje simbólico de los Padres de la Iglesia y más aún el lenguaje de la cultura mundializada que por esos días empezaba a tomar forma.

El Espíritu no guió sólo en la dirección de la creatividad en fidelidad sino que alentó también a construir un modo nuevo de comunión. En el Vaticano I la comunión fue disciplinaria y la minoría tuvo que asumir su dictado. Así había ocurrido también en otros concilios. En éste, como la comunión no fue en base a la ley sino al Espíritu, el primer armónico fue la libertad: libertad para expresar opiniones, libertad para formar corrientes de opinión, libertad para llamar asesores, libertad para ajustar cada vez más las reglas de juego de la asamblea de modo que fueran lo más transparentes y representativas posible. Pero, como era espiritual, la libertad del Concilio (y aquí el papel de los Papas fue ejemplar) se orientó a la edificación. Por eso la mayoría no se impuso sobre la minoría sino que le dio cabida en el texto, incluso a expensas de la coherencia. Hubo ocasiones en que la incoherencia derivaba de la novedad del tema o de

su tratamiento que hacía poco menos que imposible que el desarrollo fuera absolutamente armónico. Otras veces se debió a que la perspectiva mayoritaria, siendo satisfactoria, no se veía complejiva y se la complementó con otras secundarias, pero imprescindibles. Pero en otros casos la incoherencia palmaria fue una concesión a la minoría como un modo de comunión con ellos, para que ellos pudieran aceptar los textos.

Después de cuarenta años ¿Qué nos parece más trascendente? ¿Qué nos parece más viejo en el sentido preciso de envejecido? ¿Y qué ausencias se echan más en falta?

## Lo más vigente e interpelante:

### 1. Construcción del mundo fraterno de los hijos de Dios

Lo más trascendente es la *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual* (GS). En ella desagua lo mejor de la *Constitución dogmática sobre la Iglesia* (LG), deslastrada de lo que no tenía lugar para el propósito pastoral. Como en el primer capítulo de la LG, pero mucho más expresamente que en ella, la Constitución pastoral asienta que en el mundo late la presencia trascendente de Dios, que es misterio de salvación. La GS está estructurada sobre el designio unitario de Dios, que nos ha creado para que llegáramos a ser hijos en su Hijo. Su Hijo es el principio, el centro y el destino de la creación. Todo lo recapitula atrayendo hacia él como paradigma de humanidad, unificándola, pues, en el proceso de configurarse a su imagen. Pero convergiendo con esta atracción del futuro sobre el presente, está la acción del Espíritu de Jesucristo que impulsa en esa misma dirección desde la entraña misma de la historia y desde cada corazón humano. De este modo se especifica el papel del pueblo de Dios en la historia: es sacramento de salvación. A él se le ha revelado este



amor de Dios derramado sobre el mundo que impulsa la historia hacia la unidad en la pluralidad, una unión que debe ser designada con el nombre de fraternidad. Que no es así un sueño bienintencionado pero utópico sino el nombre de la energía más potente que dinamiza trascendentemente la historia. La Iglesia se hace cristiana en cuanto se entrega (en esto consiste la consagración bautismal) al servicio de este misterio de salvación que es la realización del mundo fraterno de los hijos de Dios.

Si en esto consiste el misterio de salvación es claro que se realiza en la vida, en el mundo, aunque se consume en la casa de Dios, en el mismo seno de la comunidad divina, donde está ya como adelantado uno de nosotros, Jesús de Nazaret, el hermano universal. De ahí deduce el Concilio que el genuino desarrollo humano (que tiene su paradigma en Jesús de Nazaret) es ya salvación en sentido estricto. Y por tanto, el cristiano se realiza en el cumplimiento de esta responsabilidad histórica, que es el nombre concreto que toma el amor.

Desde esta perspectiva el peso de la Iglesia recae sobre cada cristiano, pero

sobre todo sobre los que viven dedicados a ello en la familia, en la vida social, profesional y política. Los obispos, sacerdotes y religiosas están para ayudarles en este empeño, alimentando este horizonte, es decir, esta fe y esta esperanza, esta vida confiada y disponible delante de Papadíos; ayudándolos a discernir el paso del Espíritu en sus vidas y en su circunstancia; presentándoles la imagen viva de Jesús en los evangelios para que puedan proseguir con más lucidez su historia; celebrando con los hermanos la cena del Señor que nos alimenta, reúne y envía al mundo. Estos servicios de la institución eclesial son imprescindibles, pero están ordenados al desarrollo humano de toda la humanidad, que acontece en la vida histórica y que celebra la comunidad cristiana en la Eucaristía.

Esta propuesta del Concilio es la que todavía no está recibida por la Iglesia y mucho menos asumida como horizonte real, como estructura mental y vital y como Espíritu. Sin embargo, lo que hay de más vivo y significativo en la Iglesia es lo que camina en esta dirección, lo que está animado por esta inspiración.

## 2. Libertad de conciencia

Como una especificidad de esta propuesta tenemos que mencionar a la *Declaración sobre la libertad religiosa*. Esta declaración está fundada tanto en la inviolabilidad de la conciencia humana como en la libertad del acto de fe. Ambos fundamentos coinciden en el fondo. Porque Dios ha creado a los seres humanos para relacionarse con ellos, los ha tenido que crear libres pues no es digna de Dios la relación que no lo es. La teología trinitaria sostiene que el Padre y el Hijo se relacionan en el Espíritu. En caso contrario o el Padre absorbería al Hijo (y no lo dejaría crecer y ser él mismo) o el Hijo se tragaría o mataría simbólicamente al Padre (que así entendió siempre occidente la muerte de Dios). Pero no es así: su relación es extática, ambos salen de sí para darse mutuamente. Pues bien, los seres humanos hemos sido creados para participar, en Jesús de Nazaret, de esta relación. Nosotros también nos relacionamos con Dios en el Espíritu. Y donde hay Espíritu, hay libertad (2Cor 3,17). Para los cristianos, la relación que tiene Dios con nosotros en el Espíritu

(en libertad) es el modelo y la matriz concreta de la relación que nosotros estamos llamados a tener con él, con los demás y con nosotros mismos.

La consecuencia de esta relación es que el Estado no es la fuente de la libertad ni de los derechos humanos. A él sólo le toca reconocerlos y ampararlos. Lo mismo podemos decir de la familia o la empresa o el partido o cualquier institución o asociación. Ninguna es fuente de los derechos humanos ni puede restringirlos o confiscarlos.

Por tanto, el Estado no puede reconocer a una religión como verdadera porque no puede hacer ningún juicio en materia religiosa. Es incompetente para ello. Sólo debe reconocer y custodiar la libertad de conciencia.

Este modo de razonar significa el fin de la cristiandad, la negación del edicto de Milán y de todos los concordatos. La Iglesia, dice el Concilio, no pide protección ni privilegios, sino que se le reconozca la libertad que se debe a toda institución religiosa y que correspondientemente se les reconozca a los ciudadanos el derecho de pertenecer a ella, si así lo deciden libremente.

No es seguro (más bien sobran indicios de lo contrario) que la institución eclesial haya recibido esta doctrina conciliar.

### 3. Entregar la Biblia al pueblo

Hemos insistido en que este cambio de horizonte fue posible porque el Concilio desacralizó las formulaciones teológicas y canónicas al sumergirse en las fuentes. La Escritura (y en ella los evangelios que son su corazón) es la fuente. La Escritura es obra del pueblo de Dios y por eso es transmitida y custodiada por él (y así se rescata el sentido genuino de la Tradición); pero la fuente es la Escritura, y por tanto la narración, ya que la revelación es una relación entre Dios y su pueblo (y tendencialmente toda la humanidad) que se da en la historia. Todo lo demás, no sólo las teologías y documentos oficiales sino incluso los dogmas y hasta el credo, es relativo, es decir, que sólo tiene validez en relación con la Escritura. Éste es el núcleo de la *Constitución dogmática sobre la divina revelación*.

En la Palabra de Dios, está tan realmente presente Jesús de Nazaret

como en la Eucaristía. Por eso, la necesidad de entregar la Biblia al pueblo para que beba de ella de modo que Jesús de Nazaret sea realmente el revelador de Dios y el paradigma de humanidad.

### Lo que no inspira sino que obstaculiza

Lo que está envejecido es lo que el Concilio tuvo de complemento del Vaticano I. Obviamente no es que lo que se dice de la jerarquía sea falso. No lo es y es cierto que había que contrapesar o mejor complementar lo que el Vaticano I afirma del Papa con la doctrina sobre los obispos y más en general sobre la jerarquía. El problema no es lo que se dijo sino el cómo se dijo.

El problema de fondo es que aún se está en el campo semántico de la religión romana pagana. Una religión pública, política, jurídica. Una religión centrada en el sacrificio legítimo, y por tanto, anclada en la división entre sagrado y profano, sacerdotes y laicos, templo y mundo. Esto es lo que impide que dé de sí lo más trascendente del Vaticano II, ya que desde ese imaginario pertinaz la Iglesia es la jerarquía; ella es, digámoslo así, la dueña del negocio, y los cristianos son meramente los usuarios esporádicos o habituales. Desde esta perspectiva el cristianismo se realiza, no en la vida sino en el templo. Él, y no la vida histórica, es el ámbito de los misterios. La vida es para prepararse a lo que sucede en el templo y para aplicarlo. Esta visión está presente en la *Constitución sobre la sagrada liturgia*, el único documento que no fue elaborado durante el concilio ya que se aceptó básicamente el esquema previo. Este esquema está en tensión, para no decir en contradicción, con la dirección que tomaría el Concilio, caracterizada por Pablo VI como "nuestro nuevo humanismo", como "la religión de la caridad".

### Lo que se echa en falta

¿Qué falta en el Concilio? Básicamente la opción por los pobres. Los pobres están con frecuencia como connotación, como una insistencia expresada. El comienzo de la GS sería el modelo de lo que se repite en todos

los documentos. El Concilio dice que las alegrías y esperanzas, las tristezas y angustias de los contemporáneos, "sobre todo de los pobres y de los afligidos de cualquier modo", son los gozos y esperanzas, las alegrías y tristezas de los discípulos de Cristo. Como se ve la presencia de los pobres es a modo de énfasis, pero no hay un tratamiento sistemático. Apenas sendos párrafos en los números 8 y 41 de la LG, otro párrafo en el 69 y todo el 88 de la GS, y apenas una frase en el 6 de la PO.

Esta ausencia no se debe a que no se presentó el tema. Juan XXIII había deseado que en el Concilio la Iglesia se manifestara como Iglesia de los pobres, y el cardenal Lercaro entre otros insistió en el tema muy fundada y emotivamente. Pero los padres conciliares andaban en otra onda. No una onda incompatible con los pobres. Insisto en que en el humanismo del Concilio están aludidos frecuentemente. Pero eso no equivale de ningún modo a expresar el dato crucial de que Dios es el Dios de los pobres y de que los pobres son bienaventurados porque para ellos es el evangelio del Reino. Y que por eso los pobres con espíritu deben ser el corazón de la Iglesia, si la Iglesia quiere ser la Iglesia de Jesucristo, ya que los pobres son su primer sacramento. Este sería el aporte de Medellín y Puebla, recepción legítima y desarrollo creativo del Vaticano II.

### Tareas para un Vaticano III

#### 1. Hacia una iglesia católica desde la redefinición del necesario ministerio petrino

Nos queda la pregunta de si desde lo dicho sería oportuno un Vaticano III. Para mí tendría sentido para dos objetivos: el primero para poner las bases de una Iglesia católica en el sentido preciso de pluricultural, de verdaderamente universal y ecuménica. Actualmente no lo es. Es una Iglesia occidental. Siempre que va el Papa a algún país de otra cultura afirma enfáticamente la necesidad de inculcar el evangelio. Pero la curia vaticana condena sistemáticamente cualquier intento de inculcación que vaya más allá de lo folklórico, es decir, que toque el campo de los modelos de santidad, de las expresiones

de espiritualidad, de las celebraciones y ritos, de la comprensión del cristianismo, o sea de la teología, de las formas y moldes organizativos, del derecho canónico.

El camino hacia la catolicidad real sería que los cristianos de diversas culturas nos ayudáramos mutuamente a ser cristianos a fondo. Pero luego los cristianos de cultura occidental tendríamos que tener confianza en las expresiones que vayan surgiendo de esa vivencia cristiana de los cristianos de culturas no occidentales. Actualmente no se da esa confianza. Los organismos de la administración central de la Iglesia católica piensan tener el monopolio de la concepción y expresión católica y ahogan todo lo demás. Lo único que subsiste es lo popular que escapa de su ámbito. Y de ahí su vitalidad.

Estoy de acuerdo con la curia romana y singularmente con la Congregación de la fe en que los peligros de la hora son bien radicales. Hay que decir con toda claridad que vivimos en un ambiente arriano. Para muchos católicos, y no pocos teólogos, Jesús es para nosotros el camino hacia Dios, como para los budistas es Buda o para los musulmanes Mahoma. Hay pues muchos reveladores de Dios, o, como está de moda decir, muchos Cristos. Jesús de Nazaret es el primero entre iguales. Eso significa ser hijo de Dios. Es claro que esto no hace justicia a las fuentes cristianas ni a la tradición de la Iglesia. Yo reconozco el problema. Pero la solución no puede ser condenar. La gente tiene buena voluntad y está buscando. Las fórmulas helenistas no le dicen nada a la mayoría. Hay que buscar equivalentes, o mejor aún, hay que volver a plantear el problema de modo que no se mutilen los datos de la revelación, que son los de la vivencia de los santos y la nuestra, pero de manera que se digan comprensible y satisfactoriamente.

Hemos puesto como ejemplo un problema bien candente, para decir que si la Iglesia tiene que realizarse como católica necesita encontrar lazos bien fuertes de unidad, necesita reconocerse mutuamente en su fe y en su vida cristiana. Hay que encontrar esos modos de expresar la comunión y más aún de edificarnos y corregirnos mutuamente para que la comunión

sea en la misma fe y el mismo Señor. No se puede negar que Pedro y sus sucesores han recibido el ministerio de confirmar en la fe y consolidar la unión. Esto es tanto más necesario cuanto más variedad exista. Pero tiene que quedar claro que la catolicidad excluye la uniformidad. Si un concilio sirve para eso, bienvenido sea el concilio.

## 2. Hacia una iglesia mundana desde unos ministerios cualitativos

Dijimos que lo más trascendente del Concilio consistía en su propuesta, a la vez de espiritualidad y de pastoral, de inmersión solidaria en la historia humana para que se vaya unificando como familia de pueblos unida y dinamizada por el amor que Dios derrama en nuestros corazones, por el Espíritu Santo, que es el de Jesús de Nazaret, espíritu de humanidad cabal, la de los hijos de Dios. Esto significa que lo fundamental del cristiano, que es lo que caracteriza a Jesús de Nazaret, es practicar a Dios. Participar del acto creador de Dios. Y hacerlo, como Jesús, desde abajo. No desde la dialéctica del occidente, que es positiva, es decir, de lo positivo a lo más positivo, y que por eso es elitista, carente de misericordia y solidaridad, carente de responsabilidad y por tanto desconocedora de la fraternidad y negadora así de Dios, que es el Padre común. El Dios de Jesús no es el Dios de los dioses y el Señor de los señores sino el que llama a la existencia a lo que no existe y da vida a los muertos. Por tanto la unificación a la que somos llamados no es la de los ricos y poderosos, que es excluyente, que es diabólica porque divide a la humanidad y acaba dando muerte a los que excluye. La unificación que realiza Dios y a la que nos llama a colaborar parte de la responsabilidad hacia los otros, no los otros individuos de mi conjunto sino los de otros conjuntos considerados como inferiores. La pregunta de Dios *¿qué has hecho de tu hermano?* (en el caso del Génesis la pregunta se dirige a un próspero agricultor y su hermano es un pobre pastor nómada) es la única que abre la historia para que trascienda y se salve así la humanidad. Es claro que en esta época de mundialización ésta debería ser la pregunta fundamental de un concilio realmente ecuménico.

Pero ésa es la pregunta que normalmente rehuimos. Porque nos desinstala, porque intuimos el tremendo costo que entraña. Pero es la única que nos humaniza, si nos abrimos a ella y dejamos que nos vaya trabajando. No podemos negar que esta pregunta aflora en nuestro mundo globalizado y que cada día toca más decisivamente a muchos cristianos que quieren realmente serlo. Responderla es practicar a Dios, es dejarse mover por su Espíritu; es, como decía Jesús, hacer lo que le veo hacer al Padre. Escuchar habitualmente esta pregunta y dejarse moldear por ella exige que no nos definamos como seres de nuestros conjuntos sino como hijos del Padre común.

Para alumbrarnos en este camino necesitamos hermanos que sean para nosotros epifanías de Dios como verdaderos hijos suyos siendo hermanos universales encarnados agónicamente en sus culturas. Necesitamos guías fraternos. Gracias a Dios, en América Latina los hemos tenido: muchas mujeres y varones del pueblo, testigos, confesores y mártires, más de cien obispos, verdaderos padres de nuestra Iglesia, cuyo peso nos da aún consistencia para no rendirnos y seguir haciendo camino, y tantos curas, religiosas, catequistas... Es tan difícil el camino propuesto que no lo recorreremos sin el servicio cualitativo y fraterno de los carismas y ministerios. Nunca subyaremos suficientemente el servicio invaluable que nos brindan estos hermanos. Pero también tenemos que decir que así como los ministerios cualitativos son imprescindibles para cumplir el encargo que Dios nos da, así también los funcionarios lo estorban y hasta casi lo imposibilitan. Es labor de un concilio acabar de deslastrar a la Iglesia católica de su contaminación con la religión pagana romana. No es cosa fácil. Pero para Dios no hay nada imposible.

**Pedro Trigo, S.J.**

Teólogo. Miembro del Consejo de SIC